

## **Domingo XII del Tiempo Ordinario (23-06-24)**

Homilía de Monseñor Carlos Castillo

(Transcripción)

Queridos hermanos y hermanas:

Como todos los domingos, en este año, meditamos el camino de Jesús en el Evangelio de Marcos (4,35-40) que nos sitúa directamente en los problemas humanos y de fe que tuvo que afrontar Jesús con sus discípulos a consecuencia de siglos de una manera de vivir la religión lejana a las situaciones concretas que, permanentemente, asediaban al pueblo de Israel a través del miedo.

Esta es una cosa que existe en todas las religiones: nos fascinamos con Dios y, simultáneamente, le tememos. Y los seres humanos - que no todos han recibido la fe cristiana - inventan que Dios es amor, pero también es temor; es alegría y es miedo, es temor, es tensión. Y eso lo conocemos, inclusive, en las cosas que nos dicen a veces nuestras mamás: "Si te portas mal, Dios te va a castigar". Y tenemos esa manera de ver que, en realidad, procede de la invención de lo religioso.

Los seres humanos - como somos seres que estamos hechos para más allá - no sabemos que estamos hechos para más allá, para Dios Padre. Si no nos lo comunica alguien que viene de parte del mismo Padre, no nos vamos a enterar. Por eso, el Papa Francisco insiste, junto a toda la Iglesia, que hay que evangelizar. Esa es la Buena Noticia del Dios que no nos condena, que nos llama y, si es que yo no respondo y no quiero, entonces, me auto-condeno.

No es que Dios tiene predestinados a algunos para salvarse y a otros para condenarse. Y, en este caso concreto, los discípulos sienten miedo porque, una de las cosas de todas las religiones es que hay tormentas y huracanes y eso puede ser considerado como una especie de maldición. ¿Se acuerdan cómo se decía en Lima cuando había temblores o terremotos? “¡Aplaca tu ira, Señor!”. Y Santa Rosa de Lima nos enseñó que el Señor no tiene ira, es todo amor; lo que pasa es que nosotros nos imaginamos y, además, a veces, nos sentimos culpables de cosas que hemos hecho mal y pensamos que Dios nos está castigando.

Felizmente, en la Pandemia, dimos un paso importante. En la Pandemia nos dimos cuenta de que Dios no podía mandarnos la Pandemia, sino que fue consecuencia de un error de laboratorio o de un contagio, y que teníamos que hacer todo lo posible por unirnos para ayudarnos y generar eso que el Papa Francisco ha llamado “**un mundo de hermanos**”, **Fratelli Tutti**.

La respuesta fundamental a todos los problemas que existen es siempre el amor, la solidaridad, la pacificación, el aprender a hacer las paces, cosa que es bastante difícil, pero es mucho más difícil vivir en la tensión permanente y en la lucha permanente. Y, por eso, hoy día, el Señor quiere ir a la otra orilla (seguramente que ya ha visto que está nublado) y, sin embargo, quiere aprovechar esta oportunidad para que sus discípulos puedan aprender un poquito más.

Entonces, en ese nublado, la tormenta empieza y los discípulos se desesperan. En cambio, ¿cómo está el Señor? Tiene dos cosas: está dormido y está a popa con una almohada. Que esté dormido significa que el Señor, sabiendo que esto puede pasar, siempre muestra **estar en Dios**. No sé si se han dado cuenta

ustedes que, cuando uno duerme bien, duerme en paz “como un angelito” (o también algunos dicen “he dormido como un lirón”), porque se tiene experiencia de tranquilidad. Evidentemente, las noches oscuras son difíciles también, especialmente, cuando hemos vivido sufrimientos; pero lo más importante de dormir es recuperar fuerzas.

Y como Jesús es el Hijo de Dios, recupera las fuerzas llenándose del Señor en la dormida, como lo hacemos en la oración. En la oración nos llenamos de Dios en la tranquilidad. Ahora que venimos un momento para orar, salimos luego con ánimos para poder seguir caminando, así tengamos problemas. Y eso es lo que está haciendo el Señor: sabiendo que el clima estaba mal, dijo: “mejor, por si acaso, vamos a dormir”. Y los discípulos se desesperan porque todavía están en un camino en donde todo lo que son signos no lo saben interpretar porque, para eso, necesitamos la guía del mismo Dios que nos viene a conducir.

Y es muy bonito porque ellos están desesperados y el Señor, en primer lugar, se levanta y le dice al mar: “¡Cállate!”, y el mar obedece. Él viene de parte de Dios, es como en la Creación (*separa las aguas de arriba y las de abajo - Génesis 1:7*). Y esta palabra del Señor es fundamental para tener el aliento de calmarse y pensar bien las cosas. Podríamos decir que los discípulos están más atormentados que la tormenta. Y esa es la cosa terrible cuando ocurren problemas: nos atormentamos más de la cuenta. Y algunos, en la tormenta, aprovechan y dicen: “qué bien que estén atormentados ... a ver cómo le sacamos el jugo”. Y así, nos usan.

Uno de los problemas más fuertes que tenemos, hoy día, en la comunidad peruana y en el mundo, es la desesperación ante la

situación crítica que está viviendo el mundo. Y esa desesperación se resuelve con calma, con profundizar bien lo que está pasando y encontrando la solución adecuada y justa. No se puede solucionar un problema con abalanzarse sobre la solución inmediata; hay que ver que, si está pasando el problema, ¿qué cosa hay que hacer?, y pensar bien y ponderar bien las cosas.

Ustedes saben que el pecado original fue eso: se desesperaron por comer, tenían ganas de los frutos del jardín del Edén y terminaron comiéndose el fruto del Árbol de la Ciencia, del Bien y del Mal. O sea, en vez de usar el árbol para razonar como principio, se “comieron” la sabiduría y, entonces, empieza el pecado porque se distorsiona el sentido. Todo está hecho para la vida, incluso, el placer; las cosas más lindas para las cuales hemos sido hechos también, para gozar, pero hay que ver si eso que estamos haciendo va para la vida o no. Y eso requiere cabeza.

La Biblia, hermanos y hermanas, es un himno a la razón, a la razón profunda, a la inteligencia. Si no tenemos una fe inteligente, entonces, tenemos puesta nuestra esperanza para cosas inmediatas nada más. Y como dice San Pablo: “si para las cosas inmediatas de esta vida tenemos puesta toda nuestra esperanza, somos los más desgraciados de los humanos”.

Y para salir de esa desgracia necesitamos siempre, cada vez que sucede algo terrible como en este caso, pensar, pararnos un poquito, estar quietos para ver dónde están las situaciones y acertar. Eso también va para nosotros hoy día, pero va también para todo el mundo porque estamos en situaciones sumamente difíciles. El Santo Padre, en la última reunión de la Cumbre del G7, también ha dicho su palabra sobre la importancia de no

dejar a las máquinas la inteligencia, sino tener inteligencia moral todos nosotros para ver y guiar a las máquinas.

La vez pasada me han hecho una broma de esas (no sé quién ha sido), que han puesto mi palabra en la inteligencia artificial y mi figura. Pero esas son cosas que se pueden hacer simple y ligeramente por ambición. Nosotros tenemos que pensar bien y hay que afrontar esa tendencia a solucionar todo fácilmente.

Este sentido que Jesús quiere comunicarnos el aprender a calmarnos y tener la fuerza para que, así como la dulzura del dormir genera una situación de diálogo profundo con Dios, a la vez que en esa dulzura, cuando nos alzamos, acertar con firmeza. La semana pasada nos dimos cuenta de que había dos parábolas: la semilla que crece tranquila y es bonita porque va produciendo un fruto, va Dios haciendo que todo sea cada vez más lindo; y la otra, la semilla del grano de mostaza que se hace un árbol fuerte. No es la fuerza de la tiranía, ni de la agresión, ni del insulto, es la **fuerza del cuajar**.

A ustedes les gusta que la gelatina cuaje, ¿no es cierto? Pero hay que tener paciencia, hay que esperar. Lo mismo con las mazamorras, tienen que cuajar porque, si no, son un poco “aguachentas”, como una bebida mal hecha.

Por eso, hermanos y hermanas, vamos a pedirle al Señor que nos dé la capacidad de decir: “¡Silencio! ¡cállate!” a situaciones graves; pero antes tenemos que acertar dónde está el problema. Que nos dé la luz para que todos juntos encontremos soluciones y, sobre todo, en un mundo con tanta guerra, con tantas ambiciones, con tantas situaciones terribles en nuestros barrios de delincuencia, de agresión, con situaciones de leyes totalmente absurdas, en donde se denigran los derechos de los

seres humanos, inclusive, los derechos de nuestro hermanos del campo.

Todos juntos nos vamos a unir y vamos todos a pensar juntos y a debatir. El Papa insiste que la Iglesia tiene que ser sinodal, es decir, “lero, lero candelero”; es decir, hablar los unos con los otros para solucionar los problemas porque todos aportamos, aquí nadie sobra, todos tenemos algo qué aportar en este mundo.

Hemos tenido, como herencia de todo este proceso moderno, la democracia. El Santo Padre Juan Pablo II decía: “la Iglesia aprecia la democracia”. Y ahora el Papa Francisco añade algo más: “la Iglesia aprecia la democracia ensanchada”. Hay que ensanchar la democracia para que, entonces, sea una democracia en donde todos cabemos y la perfeccionemos y la mejoremos.

Que Dios los bendiga, hermanos y hermanas. Y que ayudándonos mutuamente en los barrios, en la familia, en las amistades, conversando bien de las cosas, encontremos soluciones conjuntas. Que Dios los bendiga a todos, y gracias también, señora embajadora Stephanie Syptak-Ramnath porque, junto con los Estados Unidos, queremos que, ahí donde uno de los pilares de la democracia se inventó, pueda seguir existiendo esa democracia al servicio de todas las naciones de la tierra, especialmente, de las más olvidadas.

Amén